

LOS DOCUMENTOS BIOGRÁFICOS Y LA CONSTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO FEMINISTA. El caso de *L'Agenda de la Dona* 1978-1990

Meri Torras Francés
U. Autònoma de Barcelona

A lo largo de la década de los ochenta, la paulatina incorporación del giro lingüístico en el discurso de la Historia supuso el surgimiento de algunas indagaciones sobre los fundamentos mismos de la disciplina y sus operaciones más propias e íntimas que, anteriormente, habían recibido poca o ninguna atención. Así, por ejemplo, la vinculación de la Historia con el pasado (su mismo objeto de estudio) o las diferencias entre relato histórico y el relato ficcional, y su consiguiente relación con eso que llamamos verdad y de lo que ni la historia como disciplina ni nosotros ni nosotras como seres humanos podemos prescindir, son algunas de las cuestiones que cruzan los textos de historiadores e historiadoras de los últimos veinte años.

Desde esta perspectiva (y aprovechando su legado), en el marco de este encuentro y bajo el lema que apunta el título asignado a mi intervención quiero —en una primera parte— invitarles a reflexionar a propósito de algunos maridajes naturalizados que han recorrido (y siguen recorriendo) el discurso histórico y que —como veremos a lo largo de esta conferencia (al menos esta es mi intención)— resulta fundamental llegar a desautomatizar desde determinados posicionamientos (como son los feministas). Me atrevería a añadir que todo posicionamiento requiere plantearse determinadas preguntas porque de ellas surge, precisamente, el posicionamiento

mismo; esto es, las coordenadas ideológicas y políticas de la voz, la autodeterminación (crítica) del lugar desde el que se habla.

La imprescindible verdad

En un libro de título envidiable —*El pasado es un país extraño*—, David Lowenthal nos advertía que el discurso histórico es, a la vez, más y menos que el pasado. Más, porque organiza y ordena los hechos, les otorga coherencia y la posibilidad de tener sentido. Menos, porque el pasado es en sí mismo insondable e inabarcable. En este sentido, ya Hayden White nos apuntó que no todo lo acontecido se convierte en hecho histórico y entra, por tanto, a merecer formar parte de la Historia. Las inquietudes que se derivan de esta reflexión son diversas pero quisiera detenerme en dos.

En primer lugar, lo que no recoge el discurso histórico, aquello que aconteció pero no se textualiza ni documenta, ¿dónde reside su constatación de existencia? ¿Cómo sabemos que aconteció? ¿Cuántas cosas sucedieron y nunca hemos sabido (ni tal vez sabremos) que tuvieron lugar? ¿Podemos deducirlas? ¿Podemos adivinarlas por la determinación de sus consecuencias? ¿Bastaría deducirlas para reconocerles existencia ontológica? ¿Hay lugares en los que pueden sobrevivir vestigios testimoniales de su existencia? ¿Son los textos biográficos, autobiográficos o simplemente autográficos espacios especialmente dotados para conservar, preservar, albergar, cobijar la supervivencia documental de estos acontecimientos?

En segundo lugar, y en relación con lo que acabo de exponer, así como precisamente por la vastedad de lo acontecido, parece ser que se impone la selección para evitar que nos suceda como los celosamente fieles cartógrafos del cuento de Borges (me refiero a “Del rigor en la ciencia”), cuyo mapa tenía las mismas dimensiones

que el territorio representado y por lo tanto, de tan bien que lo representaba ya no lograba representarlo en absoluto. Como un mapa, la historia es representación y la representación necesariamente no es la cosa, sino otra cosa; más aún, es otra cosa consignada a través de códigos y eso la determina a ser para siempre una existencia paralela que no se cruzará nunca jamás con la realidad ontológica de la cosa y que, para postre, quedará sumida a las interpretaciones.

Como los mapas, pesa sobre el discurso histórico una gran responsabilidad: si los primeros tienen que evitar que nos perdamos y nos han de permitir conocer lo hipotéticamente sustancial, determinante y necesario de un territorio desconocido (incluso antes de pisarlo), la Historia trata nada más y nada menos de la verdad de lo acontecido. Sin ella estaríamos instaladas e instalados en el puro presente, a merced de la duración de la memoria, hasta su extinción, pasando —claro está— por sus olvidos, desmemorias, confusiones, obsesiones o invenciones... porque la memoria, ya lo sabemos, también es una re/creación selectiva. Por lo tanto, lo que distingue el discurso histórico no es esa condición sino, sobre todo, que la selección recreativa y representativa que lleva a cabo la Historia fija textualmente la verdad de lo que sucedió. Del mismo modo que los mapas determinan la existencia de un espacio. Desaparecer del mapa o quedar fuera del relato de la historia es perder, de hecho, la existencia. Ese ha sido el caso de ciertos colectivos humanos.

Se trata de nosotras, de todas nosotras

A medida que los grupos subalternos (para decirlo con Gayatri Spivak); esto es, aquellos que no tienen voz, han dejado de serlo y han alcanzado a poder hablar por ellos mismos, a

(auto)representarse discursivamente, el mono tono del discurso histórico ha devenido polifónico y su verdad más discutida e interpelada. En efecto, los colectivos humanos que no accedían a poder decir han señalado con contundencia crítica que la historia de las mujeres, de las personas no heterosexuales, de comunidades étnicas no blancas, de las clases trabajadoras, de los pueblos vencidos, etcétera no goza del mismo reconocimiento, importancia y visibilidad que la del grupo hegemónico y que incluso ha sido escrita a imagen y semejanza de los colonizadores, dominadores y vencedores.

Por ello, se han entregado a una labor arqueológica para rescatar documentos que saquen a la luz el sesgo del discurso histórico, sus medias o falsas verdades, que pueden ser utilizados para documentar y demostrar. Por el estado en que se encuentran a menudo estos documentos, Judith Halberstam —en su estudio sobre *female masculinity*— califica este trabajo de carroñero (más que no arqueológico) por enfrentarnos con la tachadura, la borradura, la podredumbre, que acompañan los materiales de dichos documentos.

Tampoco los mapas son a gusto de cualquiera que los consuma: los y las que se mueven con niños y niñas querrán que los parques con juegos infantiles vengan señalados. De un modo parecido, será requisito fundamental de quienes viajan con perro conocer la ubicación de los pipicanes de la ciudad. Aquellas personas hipocondríacas querrán la señalización clara de los centros de atención primaria y, claro está, de las farmacias, clínicas y hospitales... Los y las que hacen gala de la útil virtud de la previsión se extrañarán de que el repertorio de números de teléfono útiles y de emergencia en el reverso del mapa incluya tan pocas entradas; los y las amantes de la botánica agradecerán una distinción precisa entre parques, jardines y meras plazas, porque no es verde todo lo que

reluce. Y etcétera. Como ven, tampoco las abstracciones que aparecen en los mapas son ni inocuas ni universales.

¿De qué precios y de qué dietas son los restaurantes señalados? ¿Cómo diantre pueden encontrar su sitio las personas veganas, celíacas o crudívoras? Y si a uno/a le apetece el tapeo y la cervecita, ¿por qué diablos a nadie se le ocurrió indicar el lugar donde poder darse el gusto tan sencillo pero necesario? Y así sucede, como con la historia, que uno/a se apodera del mapa, lo personaliza, ignora deliberadamente algunas de las señales (¿gasolineras? ¡Si yo viajo en bici!) y por otro lado lo completa con sus códigos y sus particulares signos. De este modo, los mapas dejan de figurar espacios y devienen lugares, cruzados por la experiencia y la vivencia.

Esa pluralidad de voces, que dota a la Historia de un discurso polifónico, no suele suponer la armonía de un orfeón o un coro bienavenido sino más bien la disonancia. La verdad solamente puede ser fijada (transitoriamente) a través de un consenso raramente posible que se mantiene más por un delicado equilibrio de fuerzas de poder que por la estabilidad definitiva. Esa polifonía, en definitiva, no suma las piezas de un puzzle cada vez más completo, prometiendo la totalidad, sino que más bien nos enfrenta irremediabilmente a lo irresoluble, incluso cuando trata de algo aparentemente tan sencillo como describir lo que ocurrió.

¿Qué yo habla por mí?

Una de las voces disonantes del discurso oficial pionera y que, en gran medida, ha funcionado como modelo de otras aproximaciones en la arena de combate de las disciplinas académicas es forjada desde los foros de debate feministas. El feminismo: un debate perpetuo porque constituye (otro) ámbito polifónico en perpetua

revisión, que se sostiene sobre el consenso y el pacto político estratégico.

No voy a poder desarrollar aquí con la exhaustividad que merecería en qué consiste —con sus aciertos y con sus errores— el legado feminista para otros posicionamientos críticos desde una política cultural de la diferencia (para llamarlos de algún modo, aprovechando el sintagma usado por Cornel West), en tanto que cada uno se centra en una categoría identitaria e histórica diferente; ya por razón de sexo-género (mujer), ya por sexualidades (gay, lesbiana, transexual, intersexual o *queer*), o bien por clase social (proletario, obrero, pobre...), o por etnia (negro, inmigrante, moro, gitano...). Si así lo desean, podemos retomar los aspectos que juzguen oportunos en el debate.

Déjenme, eso sí, detenerme en el territorio de los textos auto/bio/gráficos y en la combinatoria que esconde esta misma etiqueta: textos autobiográficos pero también textos biográficos e, incluso, por último, textos autográficos, para reflexionar a propósito de su función documental en la construcción del movimiento feminista. En ello invertiré la segunda parte de mi intervención que cerraré —como espero que el tiempo me permita— presentándoles el caso de un *documento* muy particular y muy raramente estudiado desde el ámbito académico, todavía reacio a incluir textos de cultura y difusión popular. Ya verán de que se trata. Me reservo la sorpresa. Vayamos, pues, por partes y prosigamos con la consideración de textos de naturalezas auto/bio/gráficas y su función de construcción del movimiento feminista.

Ni la autobiografía ni la biografía son, en principio, géneros afines con la escritura *de* y *sobre* mujeres. Tanto si el relato lo producía otro como si era escrito por uno mismo, las vidas dignas de recogerse en un texto y publicarlo para conocimiento e interés de la humanidad no

eran en absoluto las vidas de las mujeres. Tal vez alguna reina, como reconocimiento de su grandeza y magnificencia, o de alguna monja, como ejemplo de virtud para la congregación; pero sin lugar para la duda, la vida de una mujer respetable devenía respetable precisamente por circunscribirse dentro de lo privado y, sobre todo, por ser lo que fuere menos extraordinaria y, por tanto, susceptible de ser reseñada. Si era una misma la que escribía su propia vida para conocimiento público (eso puede querer decir simplemente de otra persona) tanto peor para ella: además de indecencia, pecaba de soberbia.

¿Cuánta justificación y excusa, cuánto *atrezzo* performativo no acompañan el relato vital de Sor Juana en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* (que no es otra que el obispo de Puebla travestido)? ¿Cuántas veces no ruega y suplica Gertrudis Gómez de Avellaneda a Ignacio de Cepeda que las llamas devoren la larga carta que le dirige justificándole los hechos de su vida, una vez la haya leído (no tanto porque considere que deba arder sino porque sabe que cualquier mujer decente que se precie —y ese aprecio es lo que busca por parte de Cepeda— debe mantenerse discreta y en su sitio —que es precisamente por lo que tiene que darle explicaciones la escritora hispanocubana, por su mala fama? ¿Cuántas frases de desautorización de falsa modestia, de autohumillación no acompañan los relatos auto/biográficos de las mujeres y no ya en los siglos xvii o xix (como los ejemplos que acabo de citar) sino en el siglo xx y hasta xxi?

Dicho en breve, el modelo imperante de mujer con el que se ha medido mayormente el feminismo es el burgués, tan camaleónico como ustedes quieran y, en consecuencia, a lo largo de su constitución ha tenido que deconstruir la misma categoría sobre la que se centraba su reivindicación. En este proceso, la reconquista de

los géneros auto/bio/gráficos (siempre en la triple dimensión que les apuntaba más arriba) ha sido fundamental.

Frente a la resistencia de la autobiografía como género a albergar vidas consideradas anodinas y poco exclusivas, el feminismo convirtió el relato del yo-mujer como un motor modélico de su afianzamiento. Por un lado, y dentro de esa labor arqueológica que comentábamos anteriormente, las biografías de mujeres cumplían el fin de ofrecer modelos positivos de mujeres que escaparon de las vidas que tenían asignadas y se atrevieron a vivir una vida propia. Toda la colección de biografías de mujeres que ha ido publicando la editorial Circe desde el volumen de 1988, dedicado a Frida Kahlo y escrito por Rauda Jamis, pueden leerse y considerarse en esta línea.

Por otro lado, están los relatos a modo de las *coming-out stories*, para usar una etiqueta referida habitualmente a lesbianas pero que bien se puede entender en sentido amplio como referida a esos relatos de revelación y rebeldía, que han de contribuir a la concienciación colectiva de una determinada condición. Si bien las *coming-out stories* se centran en relatar la salida del armario o el descubrimiento del deseo homoerótico hay una serie de relatos sobre aspectos vitales de una mujer que se pusieron en circulación no por lo que tenían de extraordinario esas vidas sino justamente al revés, para que las mujeres alcanzaran la conciencia de formar un colectivo, una clase social, para que se dieran cuenta de que sus problemas no eran personales y sin interés político, de que no estaban solas, de que podían articular una voz conjunta de lucha por el reconocimiento de sus derechos. El volumen ya clásico de Carolyn G. Heilbrun, *Escribir la vida de una mujer*, —también de 1988— es un ejemplo paradigmático del tipo de textos al que trato de referirme aquí. Tienen un valor testimonial en tanto que el yo protagonista aglutina más que una mera existencia particular: es el lugar de encuentro de

otras tantas mujeres. La dimensión narrativa de las vidas cumple aquí un papel crucial. Como apunta la propia Heilbrun en el texto citado: “[...] las vidas no sirven de modelos; sólo las historias lo hacen”: es preciso trabajar para textualizar narrativamente la vida para que sea un conocimiento contagioso susceptible de modificarse, de atreverse a escribirla (y de ahí el título) de un modo distinto.

Los textos autográficos también han desempeñado un papel crucial en la construcción del movimiento feminista. Bajo este marbete se comprenden aquellos textos fruto de la escritura de un yo (mujer en este caso) que no desarrollan necesariamente un relato de vida completo (o bios), como por ejemplo sucede en dietarios y diarios, fundamentados ambos en la fragmentación, los relatos de viajes o las siempre tan proteicas y sorprendentes epístolas, un género en el que cabe prácticamente todo.

No es casualidad que los géneros que acabo de enumerar sean los que menos reconocimiento (o un reconocimiento más tardío) hayan merecido en el campo literario y que, a menudo, sean adscritos al género femenino. Nuevamente, la carta privada constituye un ejemplo paradigmático de ello. Miren si no estas citas, ambas de mediados de siglo xx, que les traigo como botón de muestra. La primera es de José María Pemán y dice así:

Suelen tener las mujeres fama de ser poco escrupulosas en materia de ortografía (...), son (...) expeditivas y realistas. Tienden a la ortografía fonética (...). Eliminan embarazos y residuos etimológicos como apartan las sillas que estorban, en sus correrías por la casa, poniendo orden y limpieza. Suprimen las *haches* como suprimirían, por su gusto, las guerras (...). La sintaxis, lo mismo; toda ella revela sus urgencias realistas y sus centelleos distintivos. Santa Teresa se va del tema central por cada inciso que le sale al encuentro, como una buena ama de casa que va a la cocina, se demora al paso, para enderezar un cuadro torcido. Por eso suelen ser las mujeres tan excelentes en el abandonado

y libre estilo epistolar: porque los hombres expresan mejor las ideas, pero las mujeres dicen mejor las cosas.

Pertenece a su volumen *De doce cualidades de la mujer* —les ahorro las once cualidades restantes— aparecido en 1947.

El otro es de 1948, del volumen *El defensor*, de Pedro Salinas, concretamente del capítulo “En defensa de la carta”:

Señala asimismo Lanson que las mujeres, por menos dotadas o inclinadas al ejercicio del pensar abstracto y de la facultad analítica, y por más propensas al abandono y la espontaneidad en sus modos de expresarse, encuentran en la carta desembarazado campo para explayar esas cualidades.

Me parece que podría añadirse que en su conversar son las mujeres amicísimas de variar de tema, y prefieren una cierta volubilidad en sus pláticas, que las lleva a deliciosos mariposeos, de idea en idea, en lugar de insistir sobre una, hasta el fondo, como suele suceder en los coloquios entre hombres. La carta sirve con docilidad a ese tipo de discurso. (72)

Es cierto que el poeta madrileño empieza citando Gustave Lanson, pero termina hablando en voz propia. Como pueden ver, posturas vitales y políticas tan dispares como Pemán y Salinas coinciden en la descripción en términos femeninos (y qué términos) de la carta privada.

L'Agenda de la dona (1978-1990)

El texto —o según se mire conjunto serial de textos— en el que pretendo centrarme para reflexionar con ustedes a propósito del papel de los documentos auto/bio/gráficos en la construcción del movimiento feminista no ha merecido (casi) ninguna atención académica. Y este casi viene de un trabajo final para el Máster de Mujeres, género y ciudadanía, del Institut Interuniversitari d'Estudis de Dones i Gènere, que realizó en 2009 la doctoranda Mireia Vera

bajo mi dirección. En efecto: siempre queda tanto por hacer y mucho por descubrir.

Pero ya no voy a mantener más el suspense. Como permitía adivinar el título de esta sección quiero centrar mi atención en *L'Agenda de la dona*, aparecida por primera vez en enero de 1978 y publicada por La Sal, edicions de les dones, a lo largo de trece años. *L'Agenda* era, ni más ni menos que eso: una agenda anual dirigida (en principio) a las mujeres. En lo que resta de tiempo trataré de mostrarles la importancia histórica y política de un objeto fungible y aparentemente trivial como este, aunque les advierto de entrada que el Centro de documentación de mujeres de Amsterdam cuenta con la colección completa entre sus fondos. Me propongo —por tanto— poner en evidencia como esta *agenda* hizo *agenda* feminista, en el contexto de la España inmediatamente postfranquista y en el transcurso de eso que llamamos Transición.

Francisco Franco tuvo el detalle de morir en el Año Internacional de las Mujeres, según la Organización Naciones Unidas. El relajamiento (relativo) del Régimen y la desaparición final de dictador permitió que esas menores de edad a perpetuidad que eran las mujeres pudieran ir cuajando pequeños-grandes cambios en la sociedad y vida diarias (esas transformaciones suelen ser lentas y complicadas) y en términos legales, para así ir desarticulando los mecanismos de un régimen que había fundamentado su poder en parte en la exacerbación del patriarcado. Así, por ejemplo, en 1975 se anuló la licencia marital, según la cual las mujeres, aunque ya hubieran cumplido la mayoría de edad de veintiún años, debían poseer autorización de su esposo para trabajar o viajar. María Telo, integrante de la Federación Internacional de Mujeres Juristas, realizó una encomiable labor en la revisión del Código Civil en los aspectos referentes al Derecho de Familia, a fin de devolver a las mujeres una plena personalidad jurídica. Otras reivindicaciones se fueron

sumando: el derecho al voto (1977), la separación o el divorcio (1981), el control de natalidad, el aborto, las prácticas sexuales no heterosexistas, etcétera, etcétera hasta hoy, cuando cabe felicitarse por el trabajo y la lucha desempeñados sin olvidar que es necesario seguir trabajando y sin perder de vista el panorama de 1975.

Ese Año Internacional de las Mujeres se llevaron a cabo, bajo esa excusa, una serie de reuniones abiertas en los locales de la Asociación de Naciones Unidas de España, en la calle Fontanella, que a pesar de ser públicas debía mantenerse en bajo perfil para evitar la actuación de las fuerzas del orden. De esa experiencia surgió una *Declaració* que consensuaba las materias que debían ser tratadas ese año: cambios legislativos, mejoras del sistema educativo, derecho al control sobre el propio cuerpo, aniquilación de la discriminación laboral, fin del sexismo, etc. El documento de trabajo fue mecanografiado y publicado.

A partir de ahí se creyó conveniente hacer un llamamiento a todas las mujeres para una reunión global que se organizó, no sin riesgos, en el Col·legi d'Advocats, gracias a la mediación de la por entonces Secretaria de Prensa, Anna Balletbò. De este encuentro salió un Secretariado Coordinador conformado por un grupo pluridisciplinar de mujeres que, a fin de articular y poner los medios para una política feminista, impulsó las Primeres Jornades Catalanes de la Dona, que se celebraron durante cuatro días del mes de mayo de 1976 en el Paraninfo de la Universitat de Barcelona.

Si les he llevado hasta ese momento es porque, a mi juicio, estas Primeres Jornades constituyen una inflexión relevante en la historia de los movimientos feministas, especialmente en Catalunya, en tanto que suponen, como mínimo, un doble gesto: por un lado funcionan a modo de paraguas aglutinador de las organizaciones y asociaciones existentes, legales y/o clandestinas. Por otro lado, representan un esfuerzo grande y útil de consenso, un programa de actuaciones

políticas, buscar aquellas mujeres más dotadas para determinadas actuaciones, secundarlas, comprometerse y aprender a trabajar conjuntamente. Tras las *Jornades* —y en parte como respuesta a la Sección Femenina— en enero de 1977 se creó una Coordinadora Feminista de Barcelona i Comarques, que articulaba las entidades y los colectivos de cara a la consecución de los objetivos propuestos. De las reuniones periódicas de esta coordinadora se apostó por la edición de una revista: en diciembre de ese mismo año aparecía *Dones en lluita (Mujeres en lucha)*.

También 1977 asistió al nacimiento, el 14 de mayo, de la Llibreria de les Dones (en la calle Lledó número 10) y, poco después, el 6 de julio, se inauguraba el Bar Biblioteca La Sal (en la calle Riereta, número 8), fundado por cinco mujeres (Mari Chordà, María José Quevedo, Sat Sabaté, Montse Solà y Carme Cases), con el fin de convertirse en un lugar de encuentro para la diversidad feminista.

A juicio de Mireia Vera:

La intención más urgente era la de situarse como feministas “a pie de calle”, invadir la esfera pública, nutriéndose de la fuerza de un barrio que ya estaba en pleno bullicio cultural: la Filmoteca, La Llibreria de Les Dones, Pizzeria Anarko, etc. Es importante tener en cuenta que los bares eran parte de esas infraestructuras urbanas sexualizadas en masculino, donde las mujeres se encontraban bajo estricta vigilancia. Esta realidad hace que LaSal cobre especial interés para el movimiento feminista puesto que la sola apertura del local es en sí misma una apuesta, un acto político. (23)

Lamentablemente, La Sal Bar-Biblioteca tuvo una vida breve: en 1979 las deudas y la baja de dos de las fundadoras volvieron el proyecto insostenible; pero su andadura terminó habiendo gestado otra propuesta: la formación de La Sal, edicions de les dones, una editorial que —entre otras cosas— sería la encargada de publicar anualmente una agenda de y para las mujeres. Así apareció L'Agenda de la dona, en enero de 1978.

La política editorial de La Sal, ubicada enfrente del bar (en la misma calle Riereta, el número 13) era ambiciosa y llevaron a cabo una labor importantísima que no puedo describir ni valorar como merece en el espacio de esta conferencia. No obstante, ninguna iniciativa alcanzó el enorme éxito que tuviera *L'Agenda*. En 1978 — como les decía— apareció la primera de ellas. Se imprimieron mil quinientos ejemplares en catalán, aunque ya en el año siguiente se presentó una edición en castellano y con el tiempo la tirada llegó a ser, entre las dos, de veinticinco mil ejemplares.

Quisiera pues, en el marco de este encuentro, dar protagonismo a ese particular objeto fungible que es una agenda. *L'Agenda de la dona* supo ver el potencial político cotidiano de este objeto y se propuso hacer buen uso de él. Varias son las estrategias que consciente o inconscientemente, podemos reconocer en ella.

En primer lugar ofrecía el espacio de cada uno de los días que iban a constituir el año por venir salpicado de informaciones sobre actos que iban a tener lugar, así como efemérides relevantes (desde las que encontramos todos los años, como el día de la mujer trabajadora, el ocho de marzo, o el orgullo gay y lesbiano del 28 de junio, hasta las específicas de ese año: centenarios, aniversarios, etc.). No es ésta la única información que brindaba la agenda.

Además, llegaba repleta de textos adicionales, ya verbales escritos o ya visuales (fotografías, ilustraciones, cuadros...). Desde mi experiencia personal como usuaria de la misma debo decir que, a pesar de cursar filología catalana y después filología española, muchas autoras las conocí gracias a *L'Agenda* y no a través de mi formación universitaria como estudiante. Junto a las autoras de las tradiciones cercanas, también las extranjeras, ya traducidas ya en sus lenguas originales, y las pensadoras y las activistas... Es manifiesta, por tanto, la voluntad de convertir las páginas en un lugar de encuentro, de reflexión teórica y de reconocimiento de una

genealogía, así como de reafirmación del *continuum* entre mujeres. También configuraba una plataforma de denuncia donde consignar injusticias y dar las indicaciones oportunas para superar situaciones de indefensión o violencia.

En este sentido cabe subrayar —en tercer lugar— el esfuerzo enorme de documentación que se llevaba a cabo durante todo el año para ofrecer actualizado y lo más completo posible un listado de direcciones útiles de centros, asociaciones, colectivos, librerías, comercios, centros de apoyo... del territorio español (organizados por comunidades autónomas) y del ámbito internacional, desde Latinoamérica hasta Japón, pasando —claro está— por los países europeos.

Con sus pequeñas dimensiones (10'5 x 15), capaz de caber en cualquier bolso, *L'Agenda de la Dona – Emakume – Mujer - Muller* (como rezaba en cada portada) acompañó y a la vez aglutinó a las mujeres de determinadas generaciones, ávidas de conocimiento y reconocimiento, tras la devastación de cuarenta años de silenciamiento, tachadura y reclusión. Se ofreció como un espacio divertido e imaginativo, sugerente e inteligente, que recurría a la ironía tanto como a la búsqueda del placer, y evitaba someterse bajo los postulados de un partido político. En tanto que nos invitó a escribir nuestra historia, las mujeres de distintas edades aprendíamos que teníamos algo que hacer hoy, y hoy, y hoy, y hoy,... durante años, cada uno de un color, siempre llamativo. A través de sus páginas, nuestros quehaceres y actividades se enzarzaban al tiempo que dialogaban con una serie de textos de índole diversa pero siempre sugerentes y establecían provechosos vínculos por los que supimos que, sí o sí, lo personal es político; que había mucho por hacer y debía hacerse todos los días.

Como precisa Mireia Vera en su estudio ya citado:

Aquí las mujeres no sólo leen y/o consumen sino que escriben y crean. Y pueden seguir haciéndolo —deben— cuando rellenen los espacios de su vida diaria. No se me ocurre un modo más efectivo de invitar a alguien a pensar sobre su existencia y cambiarla, mostrándole cómo (no como preceptiva, sino como posibilidad) a la vez que le constata que no está sola, que hay más como ella. (36)

El periplo de *L'Agenda de la dona*, publicada por La Sal, duró trece años. En 1990 salió el último número y a partir de 1991 fue la editorial madrileña Horas y horas quien se encargó de publicar *La agenda de las mujeres*, bajo el lema de “Días que mueven montañas”.

Y así fue y sigue siendo.

Coda

Muchos son los logros del movimiento feminista y ninguno de ellos hubiera sido posible si las mujeres no hubiéramos incorporado en nuestra vida cotidiana la firme voluntad de la transformación. En un momento en que ni los teléfonos celulares ni Internet existían, *L'Agenda de la dona* constituyó una interfaz de lucha, inteligente y eficaz y con una enorme capacidad de convocatoria. En 1996, veinte años después de esas *Primeres Jornades catalanes de la Dona* que, de algún modo, impulsaron su existencia, apareció un número extraordinario conmemorativo de *L'Agenda*, donde se recogían imágenes y textos publicados a lo largo de sus años de existencia.

Hoy, de nuevo, catorce años después, quisiera en el espacio de este encuentro homenajear a éstas y a todas las mujeres que agendaron el feminismo a sus vidas, día tras día, haciendo —a medida de cada una— de su actividad diaria una estrategia de lucha política.

Muchas gracias.